

Capítulo 245 – Rabia

El motor rugió como un demonio enloquecido y cada explosión interna reverberaba en el chasis como un trueno encapsulado.

Vergil conducía un Dodge Charger R/T de 1970, surcando el asfalto como una bestia furiosa, escupiendo humo y odio por los tubos de escape. El sol del mediodía abrasaba el horizonte dorado del desierto, reflejándose en el capó negro y brillante del coche.

Pero a Vergil no le importó el calor ni el sudor que le corría por la frente. Simplemente pisó a fondo el acelerador.

Sus dedos agarraban firmemente el volante, con los nudillos blancos por la fuerza del agarre. El ventilador montado en el capó giraba con violencia, aspirando aire como un pulmón colosal, alimentando al monstruo bajo el capó. Con cada pisada del acelerador, un rugido brutal invadía la carretera, como si el propio vehículo compartiera la furia de su dueño.



—Podríamos haber... usado nuestra velocidad para venir... —Ada estaba sentada a su lado en el asiento del pasajero, con una postura tensa.

Había visto a Vergil luchar contra ángeles caídos, demonios y monstruos incomprensibles, pero verlo en ese estado... silencioso, concentrado, con los ojos llenos de pura rabia y preocupación... le provocó un escalofrío. «No creo que lo haya pensado... solo está furioso». Cada cambio de marcha era brutal, haciendo que el coche prácticamente saltara hacia adelante, con el motor rugiendo como si quisiera devorar la carretera entera.

El paisaje que los rodeaba era una mezcla de arena y rocas, donde los cactus y arbustos retorcidos se convertían en sombras borrosas mientras el Charger



atravesaba la autopista como una flecha negra disparada desde el infierno. Con cada segundo que pasaba, Vergil aceleraba el coche, superando lo que debería haber sido posible para un coche como ese. Pero los límites nunca significaron nada para él.

—Vergil... necesitas calmarte —dijo Ada, tratando de mantener la voz firme a pesar de la opresión en su pecho.

No respondió. Solo agarró el volante con más fuerza, con los ojos entrecerrados, mirando fijamente la carretera como si ya pudiera ver su objetivo en el horizonte.

Vergil tenía algunas reglas en mente... nadie... tiene derecho a atacar a alguien a quien Vergil considera suyo. ¿Un amigo? ¿Un aliado? ¿Una... esposa? No... nadie puede tocar lo que es suyo.

Pero alguien lo hizo... Alexa había sido atacada. Alguien se atrevió a tocarla. Y él no iba a dejarlo pasar... aunque solo fuera una amiga. Eso no le daba derecho a nadie a lastimarla.



El sol brillaba sobre ellos, iluminando el camino que conducía al desierto. El calor relucía en el asfalto, creando ilusiones vacilantes en la distancia. Pero lo único que importaba ahora era llegar a su destino. Vergil sentía su corazón latir al ritmo frenético del motor de su Charger.

Un ritmo que no haría más que aumentar hasta descubrir quién era el responsable de ello.

El Dodge atravesó la carretera desértica como un rayo. Cada cambio de marcha era una descarga de adrenalina; cada giro al límite de la gravedad demostraba que Vergil no solo conducía, sino que cazaba.



Alexa había sido atacada. Esas palabras martillaban en su mente, y cada repetición alimentaba un instinto asesino que surgía de lo más profundo de su alma.

Virgilio vio.

Un Koenigsegg Jesko rojo estaba aparcado frente al club de motociclistas, reflejando el sol implacable como si estuviera hecho de pura sangre y metal. El coche irradiaba potencia, su silueta agresiva recortaba el horizonte como una fiera a la espera del momento oportuno para atacar.

Y apoyada en el capó, con la confianza de quien conocía el impacto que causaban, Katharina lo observaba. Su cabello rojo intenso brillaba bajo el sol del mediodía, y su mirada penetrante captaba cada movimiento del Charger negro que se acercaba con un rugido ensordecedor.

Vergil no dudó. Pisó el freno a fondo, las llantas chirriaron contra el asfalto y una nube de polvo se levantó a su alrededor al detenerse por fin. El motor seguía rugiendo bajo, como un demonio con hambre de más.

Por un momento, se quedó allí, dentro del coche, con los dedos apretados sobre el volante. Katharina arqueó una ceja; la sonrisa en sus labios oscilaba entre la provocación y cierta comprensión. Conocía esa mirada. Conocía el peso de su furia contenida.

Ella levantó una mano, un pequeño gesto, una llamada silenciosa.

Vergil no respondió. Simplemente empujó la puerta con fuerza y salió, con la mirada fija en ella antes de echar un vistazo rápido al Koenigsegg. Un coche tan feroz como su dueño.





"Podrías haber usado tu velocidad", comentó Katharina, dando unos pasos hacia adelante. Pero antes de que él pudiera responder, le agarró la cara y lo besó rápidamente. "Tranquilo, cariño".

Vergil permaneció en silencio, sus músculos aún tensos como cuerdas a punto de romperse.

Katharina miró entonces a Ada, que acababa de bajar del Charger y se estaba arreglando el pelo tras el caótico viaje. "Te dije que lo controlarás".

Ada suspiró, encogiéndose de hombros. "Me metió en este coche y condujo como un poseso. Ya conoces a nuestro marido".

Katharina sonrió levemente, pero había algo en su mirada. Algo que hizo que Ada entrecerrara los ojos.

Antes de que pudiera preguntar algo, su atención se centró en el coche aparcado cerca.

"¿De verdad Zafiro te dejó llevarte esta joya rara?", preguntó Ada, recorriendo con los dedos el impecable cuerpo del Koenigsegg.

—Ella no lo sabe —respondió Katharina con una sonrisa traviesa antes de volverse hacia Vergil.

"Está adentro. Será mejor que hables con ella a solas."

Vergil miró hacia la puerta del bar de moteros y luego volvió a mirar a Katharina.





Se sentó en el capó del coche, cruzó las piernas y se apoyó en los brazos. Su tono se suavizó un poco.

"Solo... compruébalo tú mismo", dijo, y luego lo dejó pasar.

Vergil entró al bar de moteros.

El olor a sangre y pólvora flotaba en el aire, denso e ineludible. El lugar estaba envuelto en una tenue luz, interrumpida únicamente por el resplandor amarillento de los letreros de neón que parpadeaban en las paredes. Mesas y sillas estaban volcadas, algunas rotas, y el suelo era un mosaico de sangre y escombros.

Los cuerpos de hombres lobo estaban esparcidos por la habitación, con la piel desgarrada y las extremidades retorcidas en ángulos imposibles. Había señales de cortes limpios, disparos precisos e incluso rastros de combate cuerpo a cuerpo: una ejecución llevada a cabo con meticulosa precisión.



Vergil recorrió la zona sin prisa, observando la escena con la mirada, captando cada detalle. Esto no era solo una pelea de bar. Era una ejecución.

Entonces la vio.

Sentada sola en una mesa del fondo, con una botella de whisky medio vacía frente a ella, Alexa bebía en silencio.

Su mirada era distante, fija en un punto difuso de la madera frente a ella. Las sombras danzaban alrededor de su rostro, resaltando sus rasgos endurecidos y exhaustos. Pero lo que realmente llamó la atención de Vergil fue el vendaje improvisado que cubría el lado derecho de su rostro, empapado de sangre seca.

Ella había perdido un ojo.

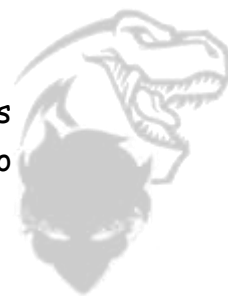
Y ella bebía como si nada hubiera pasado.

Vergil se acercó sin decir palabra, sacó una silla y se sentó frente a ella.

Ella no reaccionó de inmediato, solo agarró la botella y sirvió otro trago en su vaso antes de finalmente levantar la mirada para encontrarse con la de él.

"Si estás aquí para sermonearme, puedes darte la vuelta y marcharte", dijo con voz ronca, pero sin fragilidad. Solo cansancio y una profunda amargura.

Vergil apoyó los antebrazos sobre la mesa, entrelazando los dedos. Sus ojos permanecieron fijos en ella, fríos y calculadores, pero en el fondo, había algo más. Algo que solo alguien como Alexa, que lo conocía bien, podía ver.



"¿Quién hizo esto?" preguntó en voz baja, casi un gruñido.

Alexa soltó una risa breve y sin humor, haciendo girar la bebida en su mano. «Mi hermano». El silencio entre ellos fue interrumpido por el sonido lejano de un cartel parpadeante y el lento goteo de sangre de uno de los cuerpos en el suelo.

Alexa giró su vaso, dejando que el líquido le quemara la garganta antes de volver a dejarlo sobre la mesa con un golpe seco. Su ojo restante se perdió un instante, mirando al vacío, mientras su voz salía ronca, cargada de un odio frío y un dolor que ni todo el alcohol del mundo podría ahogar.



Entró como si nada hubiera cambiado... Se sentó a mi lado, me pidió algo de beber. Charlamos. —Rió secamente, un sonido apagado—. Debería haberlo visto. Ya no era el mismo... Pero quería creer. Quería creer que mi hermano seguía ahí dentro.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado y sus dedos se apretaron alrededor del cristal.

"Entonces se puso de pie."

El silencio pareció prolongarse a medida que el recuerdo se apoderó de ella.

Parpadeé, y el primero ya estaba muerto. —Alexa cerró los ojos; su voz tembló un instante antes de tranquilizarse—. Le arrancó la garganta a Caleb con las manos desnudas, como si estuviera aplastando papel.

El sonido del cristal al romperse llamó la atención de Vergil. El vaso que tenía en la mano se había roto.

Alexa continuó.

Después de eso, se convirtió en una masacre. Respiró hondo, obligándose a recordar cada detalle. Le cortó la columna a Sam de un solo golpe. Agarró a Miranda del pelo y le rompió el cuello sin siquiera pestañear. Los demás intentaron defenderse, intentaron enfrentarse a él, pero era rápido. Fuerte. Demasiado fuerte.

Sus puños se apretaron y sus uñas se hundieron en la piel de su palma.





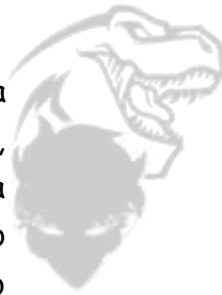
—Luché. —Miró a Vergil, y había algo monstruoso en sus ojos. Un odio profundo y arraigado en su alma—. Luché con todas mis fuerzas. Pero él no intentaba matarme.

Alexa se quitó la venda de la cara, lo que permitió a Vergil ver la herida abierta. El hueco donde antes estaba su ojo ahora solo era carne expuesta, bordes irregulares y sangre coagulada.

"Me inmovilizó contra el suelo." Su voz era ahora un susurro agudo, como una cuchilla. "Me puso los dedos en la cara... y tiró."

Cerró los ojos, recordando el dolor insoportable, el horrible sonido de la carne desgarrándose, los gritos que no podía contener.

Quería que lo sintiera. Quería que recordara cada maldito segundo. La última visión de uno de mis ojos... Fue mi manada siendo destruida, una a una, destrozada. Lo vi todo, oí los gritos, el sonido de la carne desgarrándose, la sangre derramándose en el suelo. Fue la peor tortura, la muerte lenta de todo lo que amaba. Y solo pude sentirlo. Sentir y morir con ellos. Habló, sirviendo más bebida en su vaso, como si el dolor fuera a diluirse con el alcohol, pero nada podía adormecer lo que llevaba dentro.



—¿Quieres saber algo? —preguntó, con ojos tan oscuros como el abismo, y un tono de voz que rasgaba el silencio de la habitación—. Conviérteme en un demonio. No quiero esta piel asquerosa, este cuerpo débil que carga con la inmundicia de esta raza podrida. No quiero cargar más con estos recuerdos. No viviré ni un segundo más como hombre lobo.

Tomó un trago de su bebida y la bebió de un trago con un sonido seco antes de fijar su mirada en él, sus ojos ahora más oscuros, más profundos, como si la rabia que la quemaba por dentro lo consumiera todo. «Mátame, Vergil. Mátame y conviérteme en un demonio. Lo cazaré, aunque tenga que reconstruir mi cuerpo desde cero, aunque tenga que renunciar a todo lo que



JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

me queda de alma. Lo cazaré. Le haré pagar, aunque tenga que vender mi alma a un Rey Demonio. No quedará nada de mí, pero él pagará, o no seré nada».

